ANTES NO ERA MEJOR
Manuel Menor Currás

Antes no era mejor*: éramos muchos menos los que estudiábamos y, en general, no fuimos bien atendidos. Sería indecente que el problema fuera el nivel, cuando no está garantizada la dignidad universal de la escolarización.*

Suele decirse a menudo que antes era mejor. La memoria se hace cada día más selectiva y excluye lo que no le cuadra. Los profesores solemos, además, dar por sentado que lo vivido por nosotros es toda la historia de lo acontecido. Del aula escolar, hemos pasado a la universitaria y, de ahí, hemos vuelto a otra aula nada acorde con nuestros inicios escolares. En el juego de nuestros recuerdos no suele contar nuestra distancia con los alumnos: ellos son cada vez más jóvenes y nosotros cada vez más viejos. Y tampoco solemos caer que es muy casposo y antiguo –documentado ya en las tablillas sumerias y en la Grecia clásica- ver a nuestros descendientes con defectos que nosotros –en general, buenos alumnos de otros profesores- creemos no haber tenido.

Un poco de historia: Para tener una idea más precisa, es bueno tener presente cuándo hemos nacido. No es lo mismo después del 90 –cuando ya la enseñanza fue accesible a prácticamente todos los españoles-, que en tiempos en que la escolarización era difícil y menor, o las posibilidades de acceso a la universidad casi nulas. Cuanto más hacia atrás, peor. Y si vamos a 1857, el año de la Ley Moyano, la primera que ordena algo la enseñanza obligatoria, enseguida se advierte la enorme escasez presupuestaria para cubrirla; que aquello apenas duraba tres años; que eran demasiados los que quedaban analfabetos absolutos y que la mujer estaba prácticamente fuera de la preocupación educadora. En 1920, Luis Bello recorrió buena parte de España para ver cómo estaba el panorama: sus reportajes para El Sol –también sobre Madrid-, muestran las carencias estructurales del sistema. En puridad, sólo en la IIª República –del 31 al 33, sobre todo- se tomaron en serio que los ciudadanos estuvieran instruidos: el nivel de las construcciones y de los programas de maestros fue creciente; las misiones pedagógicas y la pasión que tuvieron por la cultura nos son hoy bastante conocidos. Todavía falta, curiosamente, similar conocimiento generalizado sobre la etapa franquista, con sus órdenes de depuración del magisterio y profesorado, los raros modos de acceso a una docencia adocenada que pronto empezaron a aparecer o la drástica reducción de institutos y escuelas. Léanse en el BOE, por ejemplo, las órdenes de 4 y 20 de abril de 1939, o la del 5 de agosto de ese mismo año. También ilustra mucho su preocupación censora de las bibliotecas, cuando no quemaron los libros –aspecto éste que Manuel

Rivas trató en Los libros arden bien. El anuario estadístico del INE permite, asimismo, saber el número de títulos de bachillerato expedidos cada año: en el curso 1949-50, por ejemplo, fue tan sólo de 10.604, y hubo años peores. Llegados a 1969 -en vísperas de la Ley General de Educación-, merece la pena leer el Libro Blanco, el informe oficial previo en que se trazaba un panorama imposible para un país que iniciaba su desarrollo económico. Permite, además, entender de qué van las "mejoras" de la LOMCE: en muchos aspectos, la LGE era más moderna. Otro hito importante posterior, ya en la Transición, lo marcaron los Pactos de la Moncloa, en que quedaron de nuevo patentes los atrasos que llevábamos como país en estos asuntos, de modo que, cuando José María Maravall dejó Educación en 1988 –con la LODE aprobada, pero no la LOGSE- dejó construidos 101 institutos nuevos, después de apenas seis años en ese Ministerio (Escuela, 26/05/2011, p.35). Es decir, que todavía es muy cercana a este presente nuestro tan duro la escolarización masiva y hasta los dieciséis años. Esta breve historia del tiempo transcurrido desde que hemos nacido es crucial desde la perspectiva del acceso a la educación de las mayorías sociales, poco coincidente con la de nuestras selectas élites.

Algo de geografía: También importa el espacio geográfico y social donde se ha nacido: no es lo mismo que todos los de tu edad hayan podido estudiar hasta donde hoy es obligatorio -e incluso, hasta la universidad-, que si a tus amigos no les fue factible y no por falta de ganas. Conste que en los informes PISA –tan jaleados como pretexto-, no todas las comunidades autónomas tienen iguales resultados: la historia de la educación y la historia económica se conjugan a favor de unas y en contra de otras. Por consiguiente, en unos y otros sitios de la misma España, la tradición de aprecio hacia la enseñanza no es idéntica. Como tampoco lo es el haber nacido en unas u otras familias: el valor de la lectura, del conocimiento científico, la escritura y la buena o mala expresión oral y escrita –objetivos principales de la escuela- puede ser muy alto o, al contrario, algo inútil, según las vivencias en unos u otros hogares. Este factor suele ser más determinante, pero no ajeno a las posibilidades económicas para estudiar. Lo cierto, de todos modos, es que, ciñéndonos estrictamente a los últimos años, con la misma legislación vigente los resultados del rendimiento escolar y los del mal llamado "fracaso" son equiparables a los de muchos otros países en muchos casos y, según zonas y ámbitos sociales, muy alejados. Y cierto es también que, si no se tocan esos condicionantes sino que se tiende a aumentar su peso en el proceso escolarizador, los resultados globales irán a peor: la LOMCE tiene todos los ingredientes para que se cumpla esta predicción. Y si prosiguen los recortes, todavía habrá más probabilidades de que así sea.

Hay, en fin, un conjunto de otras nada pequeñas cuestiones determinantes del presunto descenso que a muchos obsesiona. Una, muy importante, es que no es

comparable el circuito de la enseñanza privada-concertada con el de la pública: tendemos a reproducir en el sistema educativo las desigualdades sociales preexistentes. Para entrar en un instituto muy céntrico de Madrid a finales de los setenta, dados los pocos centros públicos que había, era indispensable una media de siete y medio. En los últimos quince años han derivado hacia allí buena parte de los inmigrantes y adolescentes problemáticos de la zona, sin que aumentaran los recursos. El trabajo en clase, por tanto, no puede tener iguales objetivos de eficiencia académica: de partida, las diferencias de comprensión lectora entre los alumnos pueden ser superiores al 50%. Y a esas desigualdades promovidas desde la gestión política, se han añadido las derivadas de inclusión o exclusión de chicas o chicos con situaciones personales y familiares muy difíciles, a las que los centros privados en general no atienden pero que los públicos tienen obligación de atender: ¿Cuántos colegios privados hacen negocio en áreas rurales, por ejemplo? No parece democrático que, en nombre de la "libertad", la escolaridad sea segregadora y no un tiempo de igualdad de oportunidades.

Conclusión: En conjunto, pues, el nivel educativo en España ha subido y no poco. En los últimos 36 años, ha habido profesores –no todos- que, a pesar de anta rémora, han trabajado muy duro para ello. Pero también queda mucho para que esa elevación del nivel se reparta por igual y alcance a quienes más lo necesitan, los más desfavorecidos. El problema que sufrimos –particularmente en la enseñanza pública- no es de nivel sino de igualdad. Ya en 1990, cuando esta obsesión distractora por el nivel empezó a desarrollarse mediáticamente de manera interesada y torcida, dos autores franceses escribieron un magnífico libro -BAUDELOT, Christian, ESTABLET, Roger, El nivel educativo sube, Madrid, Morata-, que todavía es conveniente leer para centrar la atención en lo que importa: mejorar lo que no hemos hecho debidamente por falta de recursos, entre otras razones.

Debiéramos convenir en que una sociedad democrática moderna lo necesita con urgencia. Justo al revés de lo que a veces parecemos empeñados: "desmejorar" lo logrado y aumentar la desigualdad, sin advertir que las políticas privatizadoras cuentan con ello. Los convencidos de que baja el nivel son influyentes. Creen que la naturaleza humana es así desde Adán y Eva: les expulsaron del paraíso por falta de nivel. Por otro lado, al sistema económico –con el que el educativo sostiene relaciones íntimas- le va muy bien con una abundante reserva de mano de obra barata, y más en España, donde la productividad se ha basado mucho en la descualificación: nuestro lema ha sido "que inventen ellos". A esto contribuyen no sólo ellos sino también los profesores mediocres: no les pagarán demasiado por su trabajo, pero tampoco les han exigido mucha formación previa, demasiada constancia en actualizarse o una seria evaluación de lo que hacen: en general, están exentos de una homologación consistente de su trabajo con otros

profesionales.

Desde el Estado mismo, existe una honesta aceptación de la pereza bajo este pretexto de la presunta “bajada de nivel” de los alumnos: pocos controles exige de las especialidades docentes y menos de cómo se enseñan. ¿No les han dicho a todos los ciudadanos que la pedagogía es un engorro? Los buenos profesores saben que lleva su tiempo y nadie les paga por que lo sean. Pero, ¿por cuantos “de nivel” podemos apostar en serio, sea cual sea su etapa de docencia? ¿Qué protocolo o estatuto docente ha habido interés en crear para contrastar su debida calidad como docentes? Curiosamente, en la universidad –la alma mater- nadie dice ser culpable. Los profesores como tales menos, pues reproducen fielmente lo que allí les enseñaron. Tal vez los padres, por tener hijos y mandarlos a la escuela en la creencia de que cogerían “nivel”. A favor de la indiferencia está la autoridad de Rajoy: en 1983 y 1984 ya dejó escrito en El Faro de Vigo aquello de la “envidia igualitaria”. Y, por otro lado, el Evangelio de Mateo puede propiciarla: “Siempre tendréis pobres con vosotros” (26,11), mientras en el libro de los Proverbios ya se había anotado que “El rico domina a los pobres, el deudor es esclavo del acreedor” (22, 7). Claro que esto de relacionar el desnivel con los pobres lo aclara casi todo: Wert lo confirma con los presupuestos de 2015, un año más tan flojos en cuanto a becas, atención a la diversidad, educación compensatoria, educación especial, formación del profesorado, educación infantil y primaria…, mientras progresa el desmantelamiento de lo público. En fin, lo de la bajada del nivel nos quiere inducir a todos a no creer ni en la cultura ni en la enseñanza; sólo en el viejo apotegma: quod natura non dat, Salmantica non praestat.

Manuel Menor Currás es Profesor